

CASTILLA

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

Director-Gerente: Santiago Camarasa.

CASTILLA-MADRE

EL DOLOR DE LOS SUYOS

Un pueblo que está enclavado en tierra bastante feraz, un pueblecito pequeño al que atraviesa una carretera por la que de vez en vez pasan veloces los «autos» y que ve cruzar a diario los carros en marcha lenta, ha elevado su voz para pedir piedad, porque la naturaleza ha sido inclímente con él, y luego de darle una cosecha escasa ha arrasado sus viñedos que eran una promesa reparadora.

Este pueblo—Peñalba de San Esteban—se dirige a los poderes públicos atemorizado por su desgracia y entristecido al mirar otros días que están cercanos. Las autoridades han temblado ante las vidas de humildad y trabajo, que luego de un esfuerzo duro y largo se apesadumbran viendo sus cámaras y sus bodegas vacías. Aun cuando los predios mostraban su fruto escaso y la llanada que otros años diera para llenar los graneros era mezquina, sus corazones vivían esperanzados ante la cosecha de uva. Doloroso era que la tierra fuera ingrata, que la escasez de lluvias retrasara la sementera y el tiempo no tuviera las bondades que necesita el grano para germinar, pero quedaban las viñas prometedoras de abundancia que acaso trajeran compensaciones.

Un pedrisco pasa por ellas furioso arrancando los racimos que empezaban a negrear, matando toda esperanza y sembrando los campos y las almas de dolor. Ya no queda camino abierto, no puede esperarse; la suerte implacable ahoga todo optimismo y no cabe más que implorar ayuda, pedir a los que imponen los tributos que se acuerden de unos hombres que pasaron el año abriendo surcos y echando en ellos con la semilla el sudor, con el sudor la fe de una compensación, dejando día a día y hora a hora pedazos de su vida en los pejugales, produciendo y labrando sin tregua, siendo sembradores excelsos todo amor para la tierra.

No sabemos si estas voces doloridas se escucharán y si esa vibración honda que llegó de los campos será recogida. De esperar es que se atienda a los que están en desamparo, ya que ni siquiera de altanería usan en su demandá. Nosotros, que hemos sentido cien veces el dolor de estos labriegos entregados a la fatalidad, que hemos visto alzar-

se en nuestro espíritu santas rebeldías ante su vivir miserable, que hemos tenido en los labios un apóstrofe y una crispatura en los puños al mirarles explotados y en abandono, que hemos odiado a los que villanamente arrancan de sus freutes la realeza que nos indignó su condición y su falta de ideales, su pobreza mental y su mansedumbre, sabemos la profundidad de su desventura y el alcance de sus males.

Hoy suplican algo que no haga tan dura su existencia; ellos, que no saben otra cosa que trabajar sin descanso y resignarse, añadiendo un pesar nuevo a los muchos que llenan sus días. No se acordaron de que existían perdidos en el llano o encaramados en la serranía más que para exigirles. Quedaban voluntariamente fuera de toda acción y sus voces no se escuchaban y así iban amasando amargura sobre amargura. De su soberanía hicieron dejación y vendieron sus derechos.

¡Allá quedaban, pobres, con afanes que una nube trunca, un temporal desbarata y un mandarín aprovecha! No se cuida nadie de dar energía a sus intelectos, no les mandaron cultura y pan, trabajo y progreso, les dejaron ser fatalistas sin cuidar de enseñarles y hacer llegar hasta ellos medios racionales de cultivo ni ideas de defensa contra los elementos. ¡Bastante tenían con su rutinarismo, con esperar todo de la altura, con morir lentamente trabajando «de sol a sol», con sus breves alegrías y su mísero pasar!

Y así, cuando el cielo mostró esquivez, cuando la naturaleza fué dura, de los poblados llega el vibrar del dolor, el lamento de unos campesinos que ven entrar en su casa la furia de la miseria y miran a lo lejano llenos de congoja.

El pueblo que ahora pide se llama Peñalba de San Esteban. Mañana serán otros aquejados de igual mal sin remedio, empobrecidos, hambrientos, que nos dan una visión de angustia. Y son sembradores y luchan bravamente por su pan. Sólo les falta que hagan siembra de ideales, que caminen, que sean recios del espíritu y acaso entonces no se alcen implorantes, sino que sabrán aprovechar mejor su energía física, sabrán exigir y no serán vidas tan desconocidas y tan miserables.

LUIS HERRERA.